



Raíces de la identidad nacional en el siglo XIX: ESTADOS UNIDOS Y CUBA

Por LOUIS A. PÉREZ, JR.

Las incursiones en los dominios de la identidad y la nacionalidad –que quizás sea otra manera de decir de la cultura y la toma de conciencia– son empresas eminentemente problemáticas. Tal vez no baste con declarar llanamente que éste es un territorio bastante desconocido, sino que, de hecho, bien puede ser que ni siquiera se pueda representar cartográficamente. Claro está que se pueden erigir hitos, pero siempre entendiendo que se les debe considerar marcadores hechos para la ocasión, totalmente improvisados, y siempre capaces de orientar al viajero incauto hacia inciertos destinos, por rutas precarias. Es en este sentido que se ofrecen los comentarios que siguen.

Durante buena parte del siglo XIX, Cuba se hallaba en transición. El cambio generado por el mercado era constante, funcionaba en todo momento y transformaba todo lo demás; y no simplemente reordenando la demografía de la estratificación, sino rehaciendo todos los elementos culturales y materiales de aquello que era considerado ordinario y común.

Los antecedentes de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos se ahondan, en el siglo XIX, entre los cubanos que buscaban medios para expresar elementos de la nacionalidad y que encontraron en Estados Unidos muchos aspectos para escoger. El en-

cuentro ocurrió de una forma cotidiana y ordinaria, e incluyó miles de personas a lo largo de casi medio siglo, en un momento en que se desarrollaban los supuestos y las aspiraciones que conferían un significado discernible a la identidad nacional.

Más que nada, y ante todo, el cambio servía para poner de manifiesto las contradicciones del colonialismo y ponía de relieve las muchas y variadas formas en que el desarrollo cubano ya no se podía limitar dentro de las estructuras coloniales. En todos los aspectos –y simultáneamente– el colonialismo español se esforzaba al máximo por dar cabida a las transformaciones que impulsaban a la economía cubana–y cada vez se veía más claro que era incapaz de hacerlo. El cambio producía circunstancias que llegaban a poner en tela de juicio los presupuestos mismos de la relación colonial, relación que cada vez perdía más credibilidad –todo lo cual creaba las condiciones propicias para que hubiera más cambios y, con frecuencia, sugería la necesidad de que éstos fuesen más rápidos.

A todo lo largo del siglo XIX se incrementaron los vínculos con Estados Unidos. Los contactos entre los emigrados y norteamericanos no eran uniformes ni unilaterales. Asumían muchas formas y estas formas cambiaron a lo largo del tiempo. Se movían en ambas direcciones, a menudo repetida-

mente de uno al otro, transformando y transformándose. En el curso del siglo XIX, el intercambio fue una fuerza de enorme vitalidad, con su propia lógica y la capacidad de impulsar tendencias culturales, influenciar el cambio social y moldear resultados políticos.

Estos acontecimientos eran, en sí, reflejo exacto de unas relaciones que se hallaban en transición, condiciones de causa y efecto dentro de un rejuogo constante y dinámico. Actuaban entre sí de manera decisiva y revelaban las posibilidades de una cierta relación, a la vez que dejaban al descubierto las limitaciones de la otra.

Los cubanos viajaban al Norte en grandes cantidades y cada vez con mayor frecuencia. Se trataba de una vasta y heterogénea emigración en la que figuraban representantes de todas las clases, blancos y negros, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Se iban a estudiar, experiencia que produjo una generación versada en nuevos conocimientos, nuevas tecnologías y nuevas habilidades. Otros miles de cubanos llegaban a Estados Unidos en busca de una forma de ganarse la vida; y otros más huían de la revolución y la represión. Entre la década de 1860 y la de 1890, muchas decenas de miles de cubanos emigraron hacia el Norte, en un éxodo que adquirió las proporciones de una diáspora.

Esta emigración hizo las veces de crisol de la nación, en el que se forjaron y adquirieron forma definitiva muchos de los elementos más vitales de la nacionalidad. Un gran número de esas personas regresaron cambiadas e imbuidas de cambio. Esos emigrados desarrollaron una nueva inclinación hacia las cosas norteamericanas, convencidos de que la mejor manera de alcanzar el progreso y la prosperidad era a través de las vías que se empleaban en el Norte. Regresaron como agentes del progreso, con nuevos conocimientos y nuevas habilidades, con un propósito renovador y otras expectativas. Adaptaron y ajustaron y hasta mejoraron ciertas cosas. Adoptaron nuevos métodos y aprendieron nuevas técnicas, lo que implicaba, por supuesto, novedosas estructuras de valores y nuevas sensibilidades, actitudes y normas, todo lo cual contribuía a profundizar su descontento con las antiguas actitudes y las anteriores normas.

Mucho de lo que integró el sentido cubano del futuro y de su lugar en ese futuro, fue moldeado por o de alguna manera derivado del encuentro con el Norte. Las facetas dominantes de la conciencia nacional se encontraban en formación, influidas por la creciente familiaridad con un mundo más amplio, en el cual las usanzas norteamericanas se insinuaban en las sensibilidades de los emigrados. La experiencia fue vital, porque permitió a muchos familiarizarse con el mundo moderno, y de ese modo sistemas ideológicos y jerarquías morales alternativas pasaron directamente a lo que entonces se fusionaba como lo cubano. Los procesos crean memorias, y algunas de las fuentes matrices de la nacionalidad se derivaron de las experiencias en el Norte.

La experiencia en el Norte influyó de manera decisiva en la forma en que los cubanos imaginaban una nación propia. Una buena parte de este encuentro quedó incorporada en la narrativa de la nacionalidad, y ciertamente contribuyó a conformar las vías en que encontró

expresión el discurso sobre la nación; además, prácticamente garantizó la integración de los elementos de las estructuras normativas norteamericanas, en la formulación de la nacionalidad.

A lo largo del siglo XIX, los emigrados cubanos asimilaron y adaptaron –como medio de establecer su identidad nacional– formas alternativas al reclamo colonial español, a menudo comprometido de forma creciente, en un proceso de autodefinición, como vehículo de la autodeterminación. El uso de los modos norteamericanos comenzó primero como un intento de gestionar los términos de su encuentro con un mundo más amplio. En esta transformación, significó mucho que se apropiaran de usanzas norteamericanas, adaptándolas a sus propias necesidades, reformándolas de acuerdo a sus propias percepciones, como imaginativos –y, debe añadirse, efectivos– instrumentos de una ascendencia nacional. Estaban rompiendo conscientemente con el pasado colonial, y comprendían que el punto en el cual el rompimiento ocurriría representaba una gran frontera que tenía que ser salvada; esto significaba cruzar nuevos umbrales de concientización de la identidad y la nacionalidad.

Estados Unidos proporcionaba una perspectiva desde la cual era posible medir la condición colonial y aspirar a alternativas que se manifestaran en las formas de la vida cotidiana. Los elementos que se emplearon para articular la nacionalidad provinieron, en distintos grados, de las instituciones, de las formas culturales y de los estándares normativos con los que los cubanos se vieron vinculados durante su estancia en ese mundo del exilio. Muchísimos de ellos nacieron en Estados Unidos, donde vivieron durante sus años formativos. Fue éste un proceso de adaptación y de ajuste; y fueron éstos los medios a través de cuales consideraron alternativas y abandonaron la antigua opresión.

Lo que dio singularidad a este proceso, y en algunos casos lo hizo definitivo, fue que encontraron su sentido de sí mismos al verse retados por la confrontación con un mundo muy distinto. Y lo que hizo que tales ex-

periencias fuesen especialmente trascendentales fue que ocurrieron en una época de transformación y transición, durante unas décadas en que los cubanos se hallaban inmersos en el proceso de cambio, en el de formar nuevas relaciones sociales, en la persecución consciente de maneras de formar e informar la nacionalidad, y en la que buscaban nuevos medios mediante los cuales pudieran afirmar su identidad. Se encontraron dentro de un contexto normativo norteamericano, por medio del cual trataban de articular el descontento y dar forma a una nación; lo cual, a su vez, influía en las propias formas en que expresaban la disidencia y definían la nacionalidad.

Claro está que buena parte de la transformación cubana se debe atribuir al resultado inevitable de vivir en el extranjero, a la adaptación como forma de lidiar con las circunstancias, de irselas arreglando y seguir adelante, todo lo cual son ajustes necesarios para satisfacer las necesidades de la vida cotidiana. Pero en igual medida estaba presente la adaptación consciente, una forma de trazar distinciones y aumentar la distancia entre ellos y España, las maneras de dejar de ser españoles. Este proceso ciertamente profundizó el alejamiento entre cubanos y españoles. De hecho, la determinación de los cubanos en cuanto a definirse como diferentes de los españoles fue otra de las maneras de hacer valer la pretensión de una nacionalidad aparte. El contacto con el Norte proporcionó nuevas maneras de trazar distinciones entre cubanos y españoles, y contribuyó aún más a la formación de una identidad nacional mediante vías específicamente ideadas para satisfacer las necesidades cubanas.

Tal experiencia contribuyó a una transformación en la manera de pensar de la emigración cubana respecto al cambio, su forma, sus alcances y propósitos. El concepto de cambio se amplió para dar cabida a nuevas posibilidades y, gracias a ello, sirvió de medio para que las formas norteamericanas se fusionaran con las cubanas.

En el siglo XIX, las usanzas norteamericanas se expandieron en toda

Cuba. Facetas importantes de su vida diaria y de las relaciones sociales ordinarias fueron influenciadas por los modos y objetos norteamericanos; muchas veces esto sucedía con el conocimiento y aceptación de los cubanos, pues estas formas se habían convertido en uno de los medios principales de su autodefinición. Las formas norteamericanas se integraron desde muy temprano en todo este proceso. Esto no quiere decir que los elementos que los cubanos incluyeron en su identidad nacional no contenían influencias morales y materiales de otras fuentes. Por el contrario, ser cubano implicaba una amalgama de diversos elementos nacionales, raciales y étnicos; el principal fue europeo, obviamente de España, y en menor grado Francia e Italia, así como África, y en menor grado China. Todos estos elementos variaban –en momentos diferentes, de acuerdo al sector de la población– e influenciaban en moldear los términos por los cuales transitaba la identidad nacional. Estas circunstancias fueron mediadas también por las nociones de género, clase, religión y edad, que dieron una mayor complejidad a la formulación de la identidad nacional.

Estas eran las fuentes y estructuras por las cuales se formó la nacionalidad; los medios a través de los cuales se hizo identificable la propia identidad; por los valores más o menos compartidos, que contribuyeron a la definición de un pueblo con intereses comunes. La cultura como un agregado de los significados y valores creó un sentido coherente y compartido de la realidad, y a menudo definió el proceso social por el cual los emigrados cubanos se incorporaron a los variados aspectos de la vida cotidiana, y a través de los cuales se vincularon a la propuesta de una nación.

Miles y miles de emigrados estuvieron presentes como observadores y como participantes en el amanecer de la cultura consumista norteamericana. Entre 1865 y 1900 el valor de bienes manufacturados se incrementó siete veces, el número de fábricas y el capital

industrial aumentó al cuádruple. La extraordinaria productividad industrial de Estados Unidos con su hincapié en las mercancías de consumo, en la conveniencia y la comodidad, comenzó a tomar impulso y transformó la vida norteamericana precisamente durante los años de la emigración cubana, esto es, durante la época de transición, cuando los cubanos se hallaban profundamente interesados en las formas de dar expresión a la nacionalidad y articular su identidad. Experimentaron la vida en Estados Unidos en unos momentos de notable desarrollo económico, en que el éxito y el bienestar se medían,

ciertamente trascendentales. En esas décadas se hallaba en gestación toda una clase social, gran parte de la cual se estaba formando en Estados Unidos, en un momento histórico específico en el cual las posibilidades de consumo se estaban expandiendo, y precisamente cuando un gran número de cubanos buscaban, plenamente conscientes de lo que hacían, formas de dar significación a la **cubanidad** como medio de identidad y de nacionalidad.

El materialismo norteamericano poseía una cualidad peculiarmente subversiva. En formas diversas y de gran envergadura, contribuía a socavar

Esta emigración hizo las veces de crisol de la nación, en el que se forjaron y adquirieron forma definitiva muchos de los elementos más vitales de la nacionalidad. Un gran número de esas personas regresaron cambiadas e imbuidas de cambio. Esos emigrados desarrollaron una nueva inclinación hacia las cosas norteamericanas, convencidos de que la mejor manera de alcanzar el progreso y la prosperidad era a través de las vías que se empleaban en el Norte.

cada vez con mayor frecuencia, conforme al progreso material y el consumo. El economista Thorstein Veblen, aunque sólo hubiera tenido razón en parte, escribió durante esos años que el “motivo que subyace al afán de poseer es la emulación,” y también que “en buena medida es esta emulación la que da forma a los métodos y selecciona los objetos en que se habrá de gastar para alcanzar la comodidad personal y para llevar una vida decente”. Las implicaciones de la presencia cubana en Estados Unidos durante esos años son

algunas de las hipótesis sociales más fundamentales del orden colonial. La proposición de que la felicidad y la comodidad se podían alcanzar mediante posesiones materiales resultaba peligrosa precisamente porque no limitaba su atractivo a los gustos de los poderosos y privilegiados. Objetos más modestos, más domésticos y más al alcance de la gente, se habían apoderado de la imaginación cubana. La comodidad cotidiana, la conveniencia y el bienestar como condición común y de todos los días, fueron algunas de las cosas a las

que los cubanos se adaptaron e hicieron suyas y, de hecho, exigieron. A fin de cuentas, se trataba simplemente de cosas que de manera rutinaria se hallaban incorporadas a la vida cotidiana de Estados Unidos, pero con las que los cubanos se familiarizaron y cuya permanencia daban por descontado.

Pocas facetas de la vida norteamericana impresionaron más a los cubanos que la aplicación de la tecnología para la comodidad de todos los días, la aplicación de la ciencia y la industria para la satisfacción de las necesidades personales. La noción del **progreso** adquiriría una forma visible y tangible.

Estos acontecimientos tenían implicaciones que iban muy lejos, pues ocurrían en los momentos en que los cubanos estaban reuniendo los distintos elementos mediante los cuales se distinguirían de los españoles y se definirían como una entidad aparte. Aprendían también las formas en que los bienes materiales servían para delinear el estatus social. La cultura material norteamericana pasó a ser un medio a través del cual se podía expresar la identidad nacional. Estas formas se las apropiaron como medio para afirmar los aspectos en que los cubanos eran diferentes de los españoles, para demostrar que la fuente de lo que ellos eran y de aquello en lo que se querían convertir no tenía sus orígenes en lo español.

La propia noción del progreso era en sí misma potencialmente subversiva, capaz de minar el orden establecido y de reordenar radicalmente la jerarquía de valores y de autoridad hasta el punto en que las promesas de lo nuevo socavarán las premisas de lo viejo. En su obra *Cecilia la matancera* (1861), el novelista Rafael Otero describe a una “juventud [que] se deja arrastrar por la palabra ‘progreso,’” en tanto que a sus mayores les aterroriza esta palabra; ellos creen “que ‘progreso’ y ‘anarquía’ son sinónimos.” En *Leonela* (1893), Nicolás Heredia se hallaba plenamente consciente de las implicaciones más amplias del **progreso** y de la capacidad

que éste tenía para subvertir los fundamentos normativos de la autoridad. Cuando el ingeniero John Valdespina da a conocer sus planes para introducir la maquinaria agrícola más moderna en el poblado de Jarabacoa –“Yo haré traer unos de nueva invención que ahorran tiempo y tratan mejor a tierra tan agradecida... porque en la variedad de cultivos es donde está la riqueza de un país”– y el capitán Maella, jefe de partido, a duras penas logra contener su ira. El narrador de la novela hace la siguiente observación. “El Capitán Maella veía semejantes novedades con indignación mal reprimida. No se explicaba cómo el Gobierno había dado privilegio a aquel hombre para perturbar el orden establecido. Desde que el ingeniero había empezado los trabajos de la línea, nadie se acordaba ya de la primera –y la única– autoridad del partido de Jarabacoa.” Es posible que Valdespina no haya sido capaz de entender la forma en que un ferrocarril podría amenazar las estructuras del *status quo*, pero Maella sí la comprendía: “Yo no soy nadie para ese extranjero insubordinado, perturbador y declaradamente pernicioso... Lo peor es que me solivianta con su ejemplo a los sencillos habitantes de este territorio de mi mando.”

Una buena parte de la formulación de la nacionalidad cubana se puede explicar gracias a la experiencia de revelación y descubrimiento que tuvo lugar en el encuentro con el Norte, y en formas quizás demasiado variadas y complejas como para siquiera comenzar a entenderlas cabalmente. Esta experiencia estuvo relacionada con los medios a través de los cuales se desarrolló y profundizó el descontento, así como con el grado hasta el cual los cubanos atribuían su suerte a las constricciones del colonialismo, para lo cual el remedio obvio era la independencia. Un gran número de ellos adoptó una norma del **progreso** que en casi todas sus características esenciales se derivaba de las formulaciones norteamericanas y constituía la base gracias a la cual se podía articular el significado de lo cubano.

Los emigrados cubanos pasaron a formar parte de ese mundo del Nor-

te. Observaron de primera mano estos acontecimientos y participaron directamente en muchos de ellos. Meditaron mucho acerca de las fuentes de la prosperidad y los logros estadounidenses, como vías para su propia salvación y felicidad. Cada vez con mayor frecuencia, las posibilidades de bienestar material y de prosperidad económica se fusionaban con la propuesta de instituciones democráticas y libertad. Así, la democracia y la libertad política adquirieron desde muy temprano una dimensión material e implicaron un medio de bienestar y seguridad económica personales. Según muchos creían, lo único que Cuba necesitaba era la independencia para librarse de la coacción del colonialismo español y alcanzar su pleno desarrollo potencial. “Cuba es un pueblo,” escribía Enrique José Varona, “que solo requiere libertad e independencia, para ser un factor de prosperidad y progreso en el concierto de las naciones civilizadas.” En la novela parcialmente autobiográfica de Carlos Loveira, *Generales y doctores* (1920), Ignacio García llega a Nueva York y queda asombrado:

“La maraña de vehículos y pedestres de aquel trajinoso *Broadway*, que nuestro carro de cable (...) iba siguiendo lenta y dificultosamente; los elevados de la Tercera Avenida...; la altura de los edificios, que estaban aún muy lejos de la talla del *Singer* y el *Woolworth*; los jardines y parques limpiísimos...; toda aquella vida tan distinta de las nuestras de aquellos años, hacía exclamar casi invariablemente a mi abuela:

–¡Lo que es la libertad!

Y los demás, que creíamos que obtenido el ideal de independencia, nada era necesario para la felicidad de los cubanos, asentíamos en coro, con los ojos en el techo del tranvía, y como en un suspiro:

–¡Ah! ¡La libertad!”

Estos acontecimientos determinaron el modo cómo los cubanos se pensaron a sí mismos. Buena parte de las ideas sobre lo cubano provenía de formas y modelos importados. Los cubanos obtenían una enorme satisfacción con el

despliegue del progreso material. También ellos aspiraban a la comodidad; estaban atentos a la conveniencia, a objetos de valor, todo lo cual no hacía más que confirmar la proposición de **lo cubano** como moderno y civilizado, además de identificarlo correctamente con todas las cosas que constituían el progreso. Estas habían pasado a ser sus logros, una parte de la cultura material que se reclamaba como cubana.

El descontento cubano tenía su origen en muchas fuentes, buena parte de las cuales, cada vez más frecuentemente, guardaba nexos con la cuestión de la identidad. Ninguna de las diferencias se trazaba más nítidamente, ni era definida más claramente, que la postura de que Cuba era moderna y España atrasada. Claro está que estas cuestiones no eran del todo nuevas, puesto que los antecedentes del ser **cubano** —a diferencia de ser “español”— tenían sus orígenes en el siglo anterior. Lo distinto en el siglo XIX era la invocación de la nacionalidad como identidad basada no simplemente en diferencias, sino en valores que se les asignaran a lo que tales diferencias implicaban. Para decirlo de manera sencilla: ser cubano valía más que ser español. “El cubano,” insistía Varona, “tiene caracteres que marcan un progreso dentro de su raza; si no más inteligente en absoluto que el español, es de comprensión más rápida y mucho menos refractario a las novedades. Es más abierto, más moderno, más cosmopolita... En cambio el español está más mal preparado para las necesidades elevadas de la civilización.”

La propia noción del progreso era en sí misma potencialmente subversiva, capaz de minar el orden establecido y de reordenar radicalmente la jerarquía de valores y de autoridad hasta el punto en que las promesas de lo nuevo socavaran las premisas de lo viejo.

Buena parte de la meditación sobre el tema de la nación guardaba relación con los conceptos de progreso y las reflexiones sobre la civilización. La idea del progreso y la civilización adquirió un firme arraigo y, definitivamente, resultó medular en cuanto al significado de lo cubano. El genio particular cubano se hallaba en la capacidad de la adaptación, en la vehemencia con la que los cubanos adoptaban el cambio, y especialmente aquel cambio que se percibiera como capaz de mejorar su condición. Buena parte de lo que se entendía como el progreso llegaba a Cuba directa y rápidamente; y por ende, resultaba fácil apropiárselo y reclamarlo para sí. La identidad con el progreso era total; constituía una situación conceptual de la cual se desprendían corolarios de civilización y modernidad, y en torno a la cual adquiría forma la comunidad nacional. Los cubanos no dejaban de darse cuenta de las formas en que estos acontecimientos los vinculaban con Estados Unidos, ni del grado en el cual dependían del Norte para el mantenimiento de unos estándares que pretendían hacer suyos. “De la metrópoli no recibe la colonia más que agravios,” afirmaba Domingo del Monte ya en 1849, y “de los Estados Unidos, riqueza y civilización.” Raimundo Cabrera coincidía con él: “Tuvimos la gran suerte de lograr que los norteamericanos nos exportaran el ferrocarril en 1836, mucho antes de que éste llegara a España; y más tarde, de que nos enseñaran a utilizar el telégrafo. Estos avances nos encauzaron por las sendas de la civilización y del progreso.” La manera en que estas formas se fundieron en la imaginación popular queda sugerida en un diálogo de la no-

vela *Generales y doctores*, cuando Teresa reprende a un amigo porque éste se resiste a la moda popular y le dice en son de mofa: “Americanícese, hijo. ¡Civilícese!”

La propuesta de los cubanos como entes civilizados resonaba entre quienes pugnaban por la nacionalidad, tanto burgueses como de clase media, entre todos aquellos que tenían en mente la perspectiva de la nación. Constituía una fuente de comunidad nacional y de identidad compartida, ya que la invocación de la civilización como paradigma de progreso siempre implicaba que los cubanos formaban parte de éste y los españoles no. Era ésta una propuesta con enorme vitalidad, que quedaba incluida dentro de las fuentes de las sensibilidades **cubanas** modernas, como base de una nacionalidad propia. Llegaba a la médula del por qué los cubanos no eran españoles. La narrativa sobre civilización hacía las veces de marco de referencia discursivo más amplio, en el que las representaciones de nacionalidad adquirían forma como medio de contraste, con el fin de trazar distinciones entre cubanos y españoles.

La negación de lo **español** como medio de afirmar lo **cubano** hizo que los criollos se lanzaran al diseño de otras estructuras normativas y adoptaran nuevas formas culturales mediante las cuales se pudieran hacer valer las distinciones y recalcar las diferencias. A todo lo largo del siglo XIX, los cubanos buscaron formas de expresar la nacionalidad. La formulación de ésta se hallaba condicionada, en gran medida, por el encuentro con el Norte, tanto en la Isla como en Estados Unidos, país cuya forma de vida los cubanos imitaban libremente y adoptaban sin cortapisas; que, al final, hicieron suyo. Adoptaron conceptos del progreso y modernidad que provenían del Norte, como base sobre la cual afirmar la identidad y definir lo que significaba ser cubano. Buena parte de lo que pasó a ser cubano comenzó como norteamericano y ciertamente dio ímpetu a las formas y cosas que de allí en adelante iban a compartir Cuba y Estados Unidos.

